

LAS FLORES DE ADELINA GIMENEZ EN EL MERCADO GRANDE

BAJO el sol de agosto, un domingo más, Adelina Giménez pregonaba la mercancía en el mercado grande de Majuelas. Su cuerpo iba de un lado para otro, mientras la retabla se oía monótona e inalterada: "Claveles margaritas, gladiolos, tulipanes, lilas, rosas, palmeras por encargo. Aquí encontrará su jardín para adornar la casa y la novia; huelen y duran una vida".

María repetía las mismas palabras en voz baja, al tiempo que desenredaba unas anémonas. Era su ocupación: desenredar y vigilar las manos de las compradoras, "no fuera que echaran alguna flor en el bolso". Más adelante, aprendería a combinar azahar con flores blancas, para hacer ramos de novia; crisantemos con pensamientos, para palmas fúnebres.

Adelina, sin olvidar su salmodia, se ocupaba de la ventana; los ramos de flores que sostenía pegados al cuerpo, temblaban sobre su vientre, según pregonaba. Antes de entregar, extendía la mano para cobrar. Durante los últimos meses la venta había decaído, y, a las doce, madre e hija solían iniciar la recogida. Cada flor la empaquetaba con su igual; se veía grandes manojos de rosas, claveles, margaritas. Los ramilletes de violetas se guardaban en una caja de cartón; las palmeras, por su largura, se extendían encima de los bultos.

El automóvil furgoneta era viejo pero marchaba. Adelina agarraría el volante y, en media hora, llegaría a Huertos, pueblo donde había mercado



los lunes. El lugar destinado a su instalación reunía peores condiciones que el de Majuelas; sin embargo, ella lo prefería, y a su hija "le probaba aquel agua".

A la entrada de los pueblos, encontraban compañeros de trabajo que pasaban las noches acomodados a sus furgonetas, como ellas, a fin de montar el puesto a primeras horas.

Muy temprano, Adelina hablaba a su hija: "¡Vamos! Levántate, madrugar es sano". María dejaba el lecho, improvisado entre las flores; en su cuerpo aparecían, señaladas, hojas de palmera, que ella intentaba borrar, entre lágrimas y estornudos, antes de vestirse. La madre, al oirla, soltaba cuanto tenía en las manos, y se asomaba a la furgoneta; la niña intentaba sonreír, pero el gesto se quebraba entre nuevos hipos y lágrimas.

—Otra vez —exclamó la madre—. El médico afirmó que no volvería a ocurrir. ¡Mira qué ojos! No los sobes; se pondrán peor.

La niña respiraba con dificultad; su madre extendiendo los brazos, le ayudó a salir de la furgoneta. Luego sacó un gran pañuelo del bolsillo y limpió el rostro de la pequeña. Después dijo:

—Así parece otra. Ya verás como estas nuevas pastillas te curan. Toma, bebe y traiga.

Comenzaron a preparar la mercancía. "La gente de este lugar es madrugadora; hay que atenderla. Gladiolos, María, gladiolos" —pedía la vendedora. Y confirmaba: "Son las fiestas de la Santa, y tienen que preparar las andas". La niña, con sus estornudos y sus ojos húmedos obedecía. Cuando la venta declinaba, y antes de recoger la mercancía, Adelina se derrumbaba en la silla. A veces miraba cansadamente a su alrededor, y comentaba:

—Fíjate si hemos vendido, y no se nota; parece que crecieran cada noche. Tengo ganas de deshacerme de ellas. Esta mercancía no te prueba; a tu padre tampoco le probaba, fue quedándose seco. Al faltar, quise otro trabajo, pero las cosas no vinieron bien, y esto quieras que no, da para vivir.

María recogía las flores estropeadas, inservibles para la venta. Su rostro aparecía inflamado.

—¿No me oyes?

—No sé qué contestar, madre.

—Deja de tocar todo eso y enjuégate las manos. Dicen que va a llegar la moda de las flores de tela. Siempre las ha habido, y no todo el mundo



puede comprarlas; cada uno puede lo que puede. He oído hablar de flores hechas con migas de pan; seguro que esas no te dañarían; deben ser caras.

—¿Y las de verdad? —preguntó María.

—Se marchitan en un soplo, y no estamos para pérdidas. Por otro lado, las hacen crecer artificialmente, sin esperar su tiempo; por eso no huelen.

—Pues, yo cogí una en el jardín de la plaza, y olía.

—Ese es de los pocos que quedan, y porque está frente al Ayuntamiento; búscalos en el barrio de Puente Estrecho o en el de las Llamas; no hay un palmo de tierra fuera de los bloques.

María se encogió de hombros y salió del tenducho.

Pasaron meses. Las dos mujeres continuaban el recorrido. La niña empeoraba, y su madre decidió ingresarla en el hospital porque pensó que allí mejoraría.

—María, así no puedes seguir. Mañana iremos a la capital; ya tengo los papeles para hospitalizarte. Te curarás. Cuando salgas, quizás haya vendido la mercancía; con su importe y con los ahorros, haremos muchas cosas. Ahora interesa tu cura.

—No quiero ir; quiero seguir contigo y desenredar las flores. Ayer dijiste que sabías ofrecer los tulipanes.

—No se trata de eso, hija. ¡Qué más quisiera yo, sino tenerte conmigo! Lo que ocurre es que no te prueba este negocio. Si al menos les quitaran el perfume. ¿De dónde demonios sacarán eso?: olor a rosas, a violetas, a nardos, que no se acaba. Yo también noto abogo, aunque no me daña como a ti, y siento necesidad de aire fresco. Nunca veo tus ojos limpios; esa piel tan hermosa, que tenías antes, se ha entrojecido. No quiero que permanezcas entre esta porquería.

—Son flores, madre.

—¿Flores? ¿Dónde está el olor a humedad? Lo dijiste el otro día: "¿Por qué no vendemos flores de verdad, como las del jardín de la plaza?". Sí, de esas que se arrancan del campo y cuyos pétalos no escuecen. ¿Lo entiendes? Tienes que marcharte.

Cuando llegó el día de la separación, María lloraba. Adelina subió la maleta; después de acomodarse, puso el coche en marcha.

—Seca tus lágrimas; bastante amargura tiene una; si supieras...

La niña calló y miró a su madre.



—No tengas miedo, son palabras —añadió ésta—. Vamos a cantar.
¿Recuerdas aquella canción?:

*Casada la condujeron
hacia el huerto de los fresnos,
su vestido de puntillas,
cinturón de terciopelo;
casada la condujeron.*

"Eron, eron, eron" —repitió María con un hilo de voz que se quebró cuando la camioneta comenzó a hacer zig-zag, a lo largo de la carretera. Al fin paró en seco. Adelina se desplomó en el asiento, y dijo:

—No ha sido nada; es un coche viejo, y protesta. Cuando vuelvas, compraremos otro con los ahorros. Flores, coches; para eso son.

Por primera vez, se apreciaba cansancio en la expresión de Adelina.

Llegaron a la ciudad al anochecer. Adelina, encandilada por los semáforos y luces no distinguía las indicaciones. Los guardias municipales le pitaban constantemente. En un instante, las ruedas delanteras subieron sobre el bordillo de la acera. La mujer escupió las mil palabras que sabía.

Por fin, uno de los urbanos la encaminó hacia el hospital.

Los trámites fueron fáciles y normales. María trató de sonreír en la despedida, enjugando las lágrimas en el rostro de su madre.

Adelina salió de prisa. No quería pasar la noche en la ciudad; dormiría en un pueblo cercano, donde había mercado al día siguiente. Corrió con la furgoneta, tenía deseos de llegar; el motor hacía un ruido extraño, y ella no entendía de mecánica. Sintió escalofríos y bajó la ventanilla. En el desvío, un muchacho le hizo alto. Dudó unos instantes, frenó ligeramente, aceleró de nuevo. Con frecuencia cambiaba de luces sin motivo. Una motocicleta la obligó a parar bruscamente; algunas cajas le cayeron encima. Continuó. Había recorrido unos metros de carretera cuando los bultos volvieron a caer. Trató de mantenerlos con una mano, sujetando el volante con la otra; el coche comenzó a zigzaguear libremente; la mujer intentó abrir una de las puertas. El vehículo, a la deriva, chocó contra un arenal.

María con la mirada fija, esperaba que su madre abriera los ojos. "Si hubiera podido conseguir una rosa de verdad, una al menos, para ofrecérsela" —pensaba. Transcurrieron instantes. La madre abrió los ojos, y preguntó con esfuerzo:



—¿Y las flores?

Trataron de calmarla, pero insistió:

—¿Dónde están nuestras flores?

—En el jardín de la plaza, madre.

—¿Son nuestras?

—Sí, y son de verdad.

Adelina cerró los ojos. Su semblante parecía sosegado. María se arrojó sobre ella una vez más, apagando su llanto contra aquel cuerpo.

